

LUIS ÁLVAREZ CASTRO

LA PALABRA Y EL SER
EN LA TEORÍA LITERARIA
DE UNAMUNO



EDICIONES UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

ÍNDICE

ABREVIATURAS	13
I. INTRODUCCIÓN	15
II. UNAMUNO, SUJETO Y OBJETO CONSCIENTE DE REFLEXIÓN LITERARIA	25
1. DE LA SINCERIDAD EN UNAMUNO	26
2. UNAMUNO, LA ERUDICIÓN Y LA CRÍTICA	27
3. LA FIGURA DEL «CRÍTICO IMPLÍCITO»	34
4. CONSIDERACIÓN FINAL	36
III. EN TORNO A LA CUESTIÓN DE LA LITERARIEDAD: LITERATURA <i>VERSUS</i> LITERATISMO	39
1. ESTETICISMO	41
2. PROFESIONALISMO	50
3. EROSTRATISMO	59
4. RECAPITULACIÓN: EL CONFLICTO VERBO / LETRA	71
IV. EL CONCEPTO DE POESÍA EN UNAMUNO	75
1. ACLARACIÓN TERMINOLÓGICA: <i>POÍESIS</i> , POESÍA, POETA	75
2. POESÍA COMO ANTONOMASIA DE LA LITERATURA	78
3. POESÍA COMO CREACIÓN	81
3.1. Del mundo	81
3.2. Del lenguaje	84
3.3. Del otro	86
4. POESÍA COMO CONFESIÓN	88
4.1. El poeta, «escultor de su alma»	89
4.2. Poesía y «costra»: el lector como poeta	91
5. POESÍA COMO CATARSIS	96
5.1. Poesía y moralidad	98
5.2. Poesía y comunicación	101
5.3. Poesía y compasión	103
6. POESÍA COMO PERPETUACIÓN	104
6.1. El compromiso entre el <i>verbo</i> y la <i>letra</i>	105

V.	LA IMAGINACIÓN EN LA POÉTICA UNAMUNIANA	109
1.	LA IMAGINACIÓN ROMÁNTICA: BREVE REPASO HISTÓRICO	110
2.	UNAMUNO Y EL CONFLICTO RAZÓN / IMAGINACIÓN	113
3.	FUNCIONES DE LA IMAGINACIÓN	118
3.1.	La imaginación artística (poesía y conocimiento)	119
3.1.1.	<i>La metáfora</i>	123
3.1.2.	<i>La paradoja</i>	125
3.1.3.	<i>Primacía ontológica y gnoseológica de la ficción</i>	128
3.2.	La imaginación sintética (poesía y organicismo)	131
3.2.1.	<i>Concepto de nimbo</i>	133
3.3.	La imaginación creadora (poesía y fe)	136
VI.	ALREDEDOR (Y POR DENTRO) DEL ESTILO	143
1.	ACLARACIÓN TERMINOLÓGICA: ESTILO, TIMBRE, RITMO	144
2.	«EL ESTILO ES EL HOMBRE»	147
3.	LA CÁRCEL DEL LENGUAJE	150
4.	ESTILO Y FILOSOFÍA DEL LENGUAJE	154
5.	ESTILO Y POESÍA	158
5.1.	La cuestión de la originalidad	160
5.2.	«Alrededor de lo que <i>no</i> es estilo»: el estilismo	163
6.	RECAPITULACIÓN: ESTILO Y PERMANENCIA	167
VII.	«EL MATERIAL DEL ESTILO»: LA LENGUA	171
1.	UNAMUNO Y LA «REFORMA DEL CASTELLANO»	172
1.1.	«Contra el purismo» y a favor del estilo	174
1.2.	Frente a la ortografía, <i>heterología</i> : el ideal lingüístico unamuniano	181
1.3.	Del poeta como filólogo	183
2.	LAS FUENTES DE RENOVACIÓN LINGÜÍSTICA	186
2.1.	La lengua popular: arcaísmo, etimología, neologismo y heterografía	186
2.2.	El español de América	191
2.3.	Las lenguas regionales	194
2.4.	Las lenguas y literaturas europeas	200
3.	RECAPITULACIÓN	202
VIII.	LITERATURA Y CONVENCION	205
1.	INSUFICIENCIAS EXPRESIVAS DEL LENGUAJE ESCRITO	206
2.	EN TORNO A LOS GÉNEROS LITERARIOS	210
2.1.	La teoría unamuniana de los géneros	213
2.2.	Narrativa (y realismo)	217
2.3.	Lírica (y versificación)	223

2.4. Dramática (y espectacularidad)	228
2.5. Periodismo (y profesionalismo)	235
IX. CONCLUSIONES: UNAMUNO Y LA POÉTICA DE LA EXPRESIÓN AGÓNICA	239
BIBLIOGRAFÍA	247

I. INTRODUCCIÓN

Sobre la poesía no ha dicho nada casi ningún poeta; pero, en cambio, hay bastante papel emborronado por muchos que no lo son.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER
Cartas literarias a una mujer (1979: 268)

RESULTA OBLIGADO comenzar estas páginas señalando que Miguel de Unamuno nunca compuso un pesado volumen con el título de «Tratado de teoría literaria» u otro similar, gracias a lo cual, por lo demás, debe su existencia el presente trabajo de investigación, cuyo propósito es formular tal Poética. Sin embargo, Unamuno sí consagró una parte sustancial de su labor como escritor a la reflexión sobre la literatura, en ocasiones orientada a su propia actividad creadora y en muchos otros casos –los que me interesan más– con una intención general o abstracta. En este sentido, la frase de Eleanor K. Paucker según la cual «Unamuno no tenía una teoría estética que quería declarar» (1965: 149), debe entenderse invirtiendo los términos: Unamuno sí tenía una teoría estética que sin embargo no quiso estructurar, fiel al deliberado asistematismo que también caracteriza su pensamiento filosófico.

«Una cosa es escribir acerca de la filosofía, y otra la filosofía misma», distingue Arístides (1972: 79) para justificar la inadecuación del apelativo «filósofo» a Unamuno, del mismo modo que algunos autores como Torrente Ballester (1961: 151) han apelado a su falta de método para negarle el título de teórico de la literatura, tal vez con una excesiva escrupulosidad. Lo cierto es que Unamuno no siempre escribió con devoción de la disciplina de la teoría literaria, pero eso de ningún modo le eximió de su cultivo. El motivo de esta contradicción es simple: Unamuno

desprecia la normativa poética canónica al igual que reniega de la fría erudición, como comprobaremos más adelante, pero es evidente que en su labor literaria la reflexión teórica ocupa un destacado lugar; una reflexión disidente o heterodoxa, si queremos tildarla de algún modo, pero reflexión teórica sobre el hecho literario, en todo caso. Por ello, al encontrarnos con declaraciones como: «[t]ambién explíqueme retórica y poética (¡horror!)»¹, referidas a su etapa de profesor particular, antes de obtener la cátedra de Salamanca, hemos de aquilatar el alcance de su desdén, que no se extiende a todo lo que signifique teoría literaria sino tan sólo a la anticuada materia que él hubo de «sufrir» como alumno de Filosofía y Letras y más tarde como escritor sujeto al enjuiciamiento de la crítica:

¿Y qué es la poesía entonces?, me preguntaréis. Y dejando a un lado su definición –Dios me libre de caer en definidor– os diré que la verdadera íntima poesía escrita no es algo para gustar de lo cual se esté desde luego y sin debida educación preparado, y que entre nosotros es frecuente estar, por el contrario, despreparado para ella por una pésima educación estética como la que aquel manual de retórica y poética que os decía [por el que estudió a los trece años], pudiera habernos infundido².

Ese rechazo de la poética clásica unido a su constante huida de la argumentación sistemática explica su manifiesta negativa a componer un metódico tratado poético, de la que contamos con varias muestras bien ilustrativas. Unamuno siempre defendió la superioridad de los actos sobre las ideas, convencido de que toda teoría no es más que el intento *a posteriori* de explicarnos nuestra propia conducta³, y en una carta al dramaturgo Eduardo Marquina del 9 de abril de 1910 deja claro que la teoría literaria no es una excepción:

La estética del artista es siempre abogadesca, quiero decir, que es la justificación *a posteriori* de su proceder espontáneo. Todos tenemos la debilidad de querer explicarnos porqué hacemos lo que hacemos, aunque muchas veces lo hagamos sin saber porqué. Me parece mejor hacer arte que no hacer estética. [EI: I, 272.]

En otra carta, esta vez dirigida al crítico taurino Ramón La Cadena y Brualla, «Don Indalecio», con motivo de la publicación de sus *Toros y toreros* (1923), Unamuno olvida por un momento su aversión al mundo de la torería para glosar unas declaraciones de Belmonte que le parecen muy acertadas en lo que atañen a la cuestión literaria:

¹ «Contestación a una pregunta» (6-1916), OC: VIII, 383.

² «Prólogo a *Los poemas de la Serenidad*, de Ernesto A. GUZMÁN» (1-7-1914), OC: VIII, 1029.

³ Como digo, esta tesis estaba muy arraigada en el pensamiento de Unamuno y puede documentarse a lo largo de toda su obra. *Vid.*: «Carlistas y liberales» (15-7-1887), EsB: 108; «Principio y fin. IV» (5-12-1896), OC: IX, 666; y «[Cristianidad y patriología]» (5-11-1922), OC: VII, 1180.

Ni el torero debe hablar de toros ni el artista de estética. Nada de eso de los ultraístas que se pasan el tiempo diciendo lo que van a hacer y luego no hacen ni lo que han dicho que harían, ni nada. Hay que huir de escritores programáticos. [EI: II, 139.]

Y no sólo en su epistolario encontramos razones de su esquividad hacia la teorización literaria, pues también de su literatura para el público podemos extraer valiosos argumentos. Centrémonos en dos; el primero pertenece a la conclusión de sus «Notas» a *Teresa* (1924), donde advierte:

Pero no estoy aquí escribiendo una Preceptiva, y Dios me libre de escribirla nunca, ya que las preceptivas, buenas y útiles acaso para la literatura, son fatales para la poesía. [OC: VI, 666.]

Esta distinción entre literatura y poesía, habitual en Unamuno, requiere una detenida explicación que aplazo para los capítulos centrales del libro, aunque el segundo de los textos, perteneciente a uno de los ensayos de *Alrededor del estilo* (1924), aclara en cierto modo su sentido:

Todo tratado de poética que no escriba un poeta, carece de valor poético o creativo; no sirve ni para ayudar a hacer poesía ni a comprenderla. Y un poeta prefiere hacer poesía a escribir un tratado de poética⁴.

Lo que falta por comprobar es si es posible hacer poesía –según lo que Unamuno entiende por *poesía*– y a la vez teorizar sobre el hecho literario. En mi opinión, la obra de Miguel de Unamuno demuestra que sí, lo cual trataré de corroborar a lo largo de las próximas páginas. En ellas aspiro a esquematizar el repertorio de ideas sobre lo literario que circulan dispersas en la vasta producción unamuniana, persuadido de que el mencionado asistematismo de su pensamiento –repito, deliberado– no empece en absoluto la presencia patente o latente de una muy determinada idea de literatura y, subsiguientemente, de toda una poética, en su obra. Como ya insinué antes, mi atención no se centrará en las relaciones entre esas ideas y su propia actividad como escritor, sino en su quehacer como investigador de los distintos componentes del proceso de creación literaria: lo primero es un asunto de indudable interés que espero dilucidar en trabajos posteriores, pero considero más urgente analizar con detenimiento lo segundo por tratarse de un tema con pocos antecedentes críticos y cuya comprensión, además, es *conditio sine qua non* para la de aquel.

Con respecto a esos antecedentes, no es necesario encarecer la magnitud de la bibliografía crítica consagrada a Miguel de Unamuno, un corpus cuyas dimensiones ya suscitaban confusión seis décadas atrás a juicio de Miguel Oromí (1943: 10),

⁴ «XIX. La personalidad de la voz» (31-8-1924), OC: VII, 921.

puesto que la complejidad del pensamiento de este autor ha motivado múltiples aproximaciones a su obra desde los ámbitos de la teoría y crítica literarias, desde luego, pero también de la filosofía, la teología, la lingüística o la política, por citar sólo los más relevantes. Si además tenemos en cuenta las proporciones de la propia obra de Unamuno –los nueve tomos de las *Obras completas* de Escelicer, aún sin ser éstas verdaderamente completas, suman más de 12.000 páginas–, resulta lógico advertir que una de las peculiaridades de la bibliografía crítica actual sea su fragmentarismo, su preferencia por el examen de materias cada vez más específicas que al tiempo que permite un conocimiento minucioso de determinadas parcelas de la obra unamuniana redundan en una pérdida de perspectiva del conjunto. Y me estoy refiriendo en concreto a la bibliografía crítica de tema literario, ya que en otros campos como la biografía (Salcedo, 1998), la lingüística (Huarte Morton, 1954), la filosofía (Cerezo Galán, 1996) y el pensamiento político (Urrutia, 1997) o religioso (Abella Maeso, 1997), el lector cuenta con monografías más o menos recientes que ofrecen una visión global de las respectivas materias.

Dentro de los estudios literarios de la obra de Unamuno cabe distinguir dos grandes grupos: uno ocupado de cuestiones teóricas o epistemológicas y otro más centrado en la exégesis crítica de textos concretos. Tanto uno como otro constituyen un listado de muchos cientos de entradas que sería imposible enumerar y comentar aquí –el apartado bibliográfico final y las notas al pie distribuidas a lo largo del libro podrán servir de guía al respecto–, pero sí quiero consignar la preeminencia de los planteamientos críticos –interpretativos– sobre los teóricos –descriptivos– a la hora de enjuiciar la literatura de Unamuno y, por otro lado, el criterio genérico que fundamenta la mayor parte de los estudios basados en tales planteamientos teóricos. De tal manera, pueden citarse valiosas monografías que caracterizan por separado la teoría unamuniana de la novela (Criado Miguel, 1986), el teatro (Franco, 1971) o la poesía lírica (Imízcoz Beunza, 1996), pero no conozco ningún intento de englobar todas esas perspectivas para diseñar una teoría literaria integral de Miguel de Unamuno⁵. Como consecuencia de ello, la labor de Unamuno como teórico de la literatura ha quedado tradicionalmente un tanto desatendida. Y, sin embargo, creo que la formulación de esos presupuestos poéticos resulta esencial como primer paso de una hermenéutica completa de su obra: sólo a partir del análisis de las ideas básicas que constituyen la teoría literaria de Unamuno podremos interpretar correctamente el sentido de sus textos, pero también la relación de su literatura con su filosofía y en último término el lugar que este autor ocupa en la historia de la literatura y el pensamiento.

De los trabajos que más se han acercado a esa empresa y que por tanto más me han ayudado en mi tentativa de llevarla a cabo, destacan fundamentalmente cinco. Por orden cronológico: el ensayo de Carlos Blanco Aguinaga, *Unamuno, teórico del lenguaje* (1954); la tesis doctoral inédita de Fernando Valentín-Gamazo

⁵ LÓPEZ DE ABIADA (1987: 256) expresó su intención de «estudiar el concepto unamuniano de literatura», pero no me consta que realizara su proyecto.